LEYENDAS

D. J. DEC.

R. 119842
A-2581
C-01613

# EL LAUREL

DE

# LOS SIETE SIGLOS.

*Es propiedad de los Editores.*

A-2581(II)

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

# EL LAUREL

DE LOS

# SIETE SIGLOS,

(CRONICA DEL SIGLO XV.—CONQUISTA DE GRANADA.)

LEYENDA ORIENTAL

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EDICION ILUSTRADA CON MAGNIFICAS LAMINAS SUELTAS.

MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, PRINCIPE, 4.

1865.

# PROLOGO.

En el que se da cuenta del por qué se ha escrito esta verdadera historia.

Una legua al Sur de Granada, sobre las laderas situadas á la izquierda del rio Genil, y vecina ya á las vertientes de la Sierra Nevada, hay una villa realenga llamada la Zubia, rodeada de huertas y olivares, sobre las cuales se eleva el blanco campanario de su iglesia, como el minarete de un kan oriental sobre los sicomoros y las palmeras de un oasis.

La Zubia, para los profanos á la historia, no es otra cosa que una aldea, como otras tantas que salpican la vega de Granada, de casas blanqueadas y de mediana construccion en torno de la iglesia y de las avenidas de la plaza, cruzada mas allá por barrancos y acequias, en cuyas orillas parecen próximas á desplomarse casas ennegrecidas y ruinosas en muchas de las cuales se conserva aun el blason de un noble castellano ó araganés, puesto como la marca del vencedor sobre la clave de arco árabe.

Pero para el anticuario, para el historiador, la hoy olvidada villa realenga es un album de la edad media, mutilado, es verdad, pero cuyos restos fueron testigos de grandes sucesos, que la historia de Granada ha consignado con orgullo en una de sus mas gloriosas páginas.

El romancista, el poeta y el historiador no volverán de la Zubia, sin haber sido trasportados durante algunos momentos á la region encantada

de los sueños bellos en sus imágenes, con sus fantasmas cubiertos por el velo de la esclava oriental ó el arnés del árabe justador; sin que los siglos pasados se hayan deslizado ante su vista inmaterial como los cuadros de una linterna mágica.

Yo que esto escribo, he gozado tales cuadros, pero de un modo imprevisto, como el que perdido en los ásperos caminos de un desfiladero alcanza á ver en lontananza, entre las quebraduras de la montaña, un valle cubierto de verdura con horizontes color de rosa, por medio del cual serpea, festonado de flores y espadañas, un manso rio con aguas color de plata.

Porque la vida material del siglo XIX, con su positivismo, su incredulidad y su atmósfera impregnada con el gas mortífero del interés, único móvil de su pesada máquina, es un camino árido, penoso, erizado de abrojos, sin que nada bello, ni sublime, ni santo encuentre la imaginacion del poeta, que tiene que refugiarse para respirar aire de vida á esa region impalpable y bellísima donde bebe el estro de sus cantares y de sus romances.

El domingo 3 de febrero del año de 1850, mi editor, dos poetas, un escritor de tradiciones, un jóven que no es cuentista ni poeta, pero con ribetes de cazador y mucho de calavera; otro jóven entre empleado y literato, y mi humilde persona, éramos los amigos que encerrados en un faeton y arrastrado por tres caballos tísicos, nos dirigíamos al trote á la citada villa de la Zubia.

Eran las nueve de la mañana, el ambiente estaba diáfano, el sol de Andalucía inundaba con vapores dorados las lejanas sierras, las aldeas de la vega y las alamedas del Genil; veíase por una parte á Granada, tendida en un anfiteatro, sobre siete colinas, coronando su silueta las torres de la Alhambra, y guardando sus opuestos estremos la catedral en el llano, las ruinas del convento de los Mártires en la altura; por el opuesto confin elevábase la cima del Veleta, sentada como en un trono sobre un grupo de sierras azuladas; á lo lejos se tendia el repecho del Padul, donde miró por última vez su alcázar, saludándole con un suspiro, Abdallah el Zogoibi; los gigantes brazos de la sierra, la cordillera del cerro del sol á la derecha, los montes de Parapanda, de Loja de Elvira á la

izquierda, la distante atalaya de Moclin, la vega encerrada en este marco de montañas como un huerto rodeado de su vallado, mostrando entre los olivares sus cien pueblecillos, ora tendidos en el llano como un nido de tórtolas, ora asentados en las alturas como la morada del águila; todo esto, en fin, era un panorama encantador, ante el cual se desataron como por ensalmo la lengua de nuestros poetas; salieron á cuento magníficos trozos de poesías orientales de Zorrilla, púsose á feudo y tributo á Víctor Hugo, y fue necesario que mi editor y yo impusiéramos silencio á los musas, bajo la pena de hacer pagar al infractor un prosáico almuerzo.

La poesía cedió al temor, y al fin llegamos, sin parecer locos, á la plaza del pueblo y bajamos delante de la posada, que á juzgar por su esterior, se acuerda, sin duda, de las primeras colonias pobladoras que trocaron sus tiendas nómadas por casas de ladrillo, en esta tierra de flores que los árabes llamaron su jardin de Hiram.

Un escelente presbítero, don José Vela, nos mostró lo que de notable encierra la iglesia, edificio de construccion árabe, que á primera vista tuve por mezquita antigua, cosa que la situacion de su plano desmiente; y otro digno eclesiástico, don Andrés de Montes, nos condujo con suma amabilidad, á la casa llamada Jardin Real (donde mi amigo el escritor de tradiciones ha cazado una al vuelo), se detuvo delante de cada cisterna árabe, nos mostró á lo lejos la Casa ahumada, el castillo, y en fin, dió con nosotros en la huerta del convento de Franciscanos, y delante de una enramada de laureles, situada junto á un pequeño templete de arquitectura pesada, sostenido por pilastras, cubierto por una bóveda de órden árabe y de forma rectangular; este, que puede llamarse monumento, es conocido en el pueblo con el nombre de *Ermita de la Reina* (1).

A algunos pasos de distancia, al Sur del laurel, está el convento, cuyo cláustro ha sido demolido y cuya iglesia, pequeña, aunque de buen gusto y con buenas luces, es actualmente un nido de lechuzas.

(1) Gracias al propietario de la huerta, el señor Parejo, la llamada Ermita ha sido restaurada y el laurel conservado, asi como se debe que la iglesia del convento no haya sido destruida, al señor Montes y Vela.

Dentro del cláustro en un ángulo, hay una pequeña casa arruinada, en la cual nos hizo reparar nuestro anticuario eclesiástico.

La casa y el laurel guardan una tradicion histórica, poco anterior é íntimamente unida á la conquista de Granada, de las que son consecuencias el convento y el templete.

Y hé aquí que yo, prófugo por un dia de la poblacion para pasarle en el campo lejos de la sociedad presente, me encontré de una manera imprevista delante de un recuerdo del pasado. Hé aquí por qué luego delante del almuerzo, á la vista de la hija del posadero (que sea dicho entre paréntesis, es una lindísima aldeana, con la pureza que debió tener Eva antes del pecado), obedeciendo á mi instinto de calcar una novela sobre el pedestal de una columna, sobre el agujero de una pared, sobre las ruinas de una torre, prometí á mis amigos escribir una leyenda sobre aquel laurel y aquella casa.

Una vez prometido fuerza era cumplirlo.

La leyenda se escribió, querido lector, y ahí está.

# INTRODUCCION.

No hay mas Dios que Dios, el altísimo y único: para el que conoce lo que está manifiesto y lo que está oculto, no hay mas Dios que él; con su ayuda vamos á contaros la destruccion de un reino poderoso, perdido por un rey débil y cobarde á quien Dios maldiga.

Sabed que ese reino, llorado aun por los creyentes desterrados, es Granada; la ciudad de los minaretes, la Damasco de Europa, la perla de Occidente.

Y el rey cobarde, el maldecido de Dios, fue Abou-A'bd-Allah Al-Ssagyr, el Zogoibi (1).

En su frente se rompió la coroña de Mohamet el Bermejo, del rey magnífico y vencedor, cuyo trono despues de él sustentó á veinte reyes.

Pero estaba escrito que aquel reino seria destruido; estaba escrito que su mirab seria profanado, y su alcázar abierto, y sus hijos esclavizados y lanzados con la vergüenza en la frente, la pena en el corazon y las lágrimas en los ojos, á las abrasadas playas de Africa, siete siglos despues del dia en que, siguiendo la bandera del Islam tremolada por Taric el Invencible, salvaron en cien galeones el estrecho de las Angosturas (2) para poner la planta vencedora sobre un camino de sangre, en las hermosas y fértiles praderas de Gezira Alandalus (3).

Un rey débil y una córte gastada y envilecida, fueron la causa de la destruccion del imperio, godo, arrollado en los terribles campos de Guadalete, delante de las huestes del Islam; otro rey desdichado, maldecido en la cuna, debia arrostrar consigo todo lo que quedaba del imperio muslim en España.

(1) Boabdil el Desdichado.
(2) Hoy Gibraltar.
(3) Península de España.

Castilla y Aragon pusieron sus blasones sobre el cuartel real de Alhamar el Magnífico, y el yugo y las flechas coronadas por el *Tanto monta*, jactanciosa empresa de Fernando y de Isabel, afearon como la marca del señor el rostro del esclavo, los alcázares, las aljamas, los castillos y los almenares de Granada.

Mas no creais que entraron en ella los cristianos como entra el lobo en un redil desamparado; la sangre vertida en sus fronteras durante cuatro siglos hubiera podido formar un mar tan ancho como el de Damasco, y sin cuento son las sombras insepultas que, en el silencio de la noche, vagan sobre sus campos de combate.

Aun se conservan en sus peladas crestas las ferradas huellas de sus valientes almogawares, aun guardan los ecos de la montaña el grito de guerra del justador almoravid. Recorred su tierra: cada torreon desmantelado, cada almena rota, cada ruina, en fin, os dirá un hecho histórico; mirad bien ese reino perdido y concebireis toda su grandeza pasada en los restos de su esqueleto.

Sin el rey Abou'l-Hhassan (1), sin su hermano A'bd-Allah Al-Ssagar (2), sin el miserable Abou-A'bd-Allah, Granada seria aun el paraiso de los fieles.

Imprudente Abou'l-Hhassan, lanzó sobre sí todo el enojo, todo el poder de los cristianos fronterizos, pujantes ya con la union de las coronas de Aragon y Castilla; en vez de esperar y robustecerse para empeñar la lucha, la provocó cuando su hijo rebelde y su hermano ambicioso desmembraban las fuerzas del reino en bandos y parcialidades: Alhama, la puerta del reino, la Atalaya avanzada, cayó en poder de los cristianos. Tras esta se rindió Loja, luego Cohin, Cártama, Ronda, Baza, Málaga, Guadix y Almería. Cuando Abou'l-Hassan dejó la corona en las sienes de su hijo Boabdil, ya los cristianos campeaban en la vega como un terreno propio, y llegaban con sus algaras hasta los muros de Granada.

En tanto las luchas internas crecian; los hijos del Islam no estaban ya separados como bajo el dominio de los califas Omiades, en grandes bandos de razas y pueblos como los árabes y los berberiscos, sino en pequeñas tribus como zegríes, zenetes, mazamudes, gomeres, almoradíes, y otras ciento que hacian cada dia de Granada un sangriento campo de batalla, debilitaban las fuerzas que debian haber empleado contra el enemigo comun, y se preparaban de este modo el destierro los unos, la esclavitud los otros, y todos al par la vergüenza del vencimiento.

En tanto, el rey Abou-Abdallah estaba en una situacion desesperada:

(1) Abul-Hacem.
(2) El jóven.

rebelado un tiempo contra su padre Abul-Hacem, engañado por su tio Abdallah Al-Ssagar, vendido por los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar, estimulado por su madre la ambiciosa sultana Aixa, y desamparado de todos, solo le quedaba un amigo en Muza Ebn-Abil-Gazan, y algunos cientos de leales almogawares (1). Los mejores caballeros del reino, los Ebn-Seradj (2), descontentos y ofendidos, siguieron los unos al infante Sidy Yahye y á sueldo y vasallaje de los reyes Católicos, otros á Abdallah Al-Ssagar, y los mas de ellos leales á su religion y á su honor de caballeros, pasaron á Africa, abandonando la tierra bendita de donde eran arrojados por su mala ventura.

Solo quedaba un valiente en quien estaban fijos todos los ojos y todas las esperanzas; sin su horóscopo funesto él quizá hubiera hecho otras Asturias de las Alpujarras, y hubiera sido el Pelayo del pueblo moro. Este hombre era el emir de los ginetes granadinos, Muza Ebn-Abil-Gazan.

Pero á pesar de sus continuas algaras, de sus esfuerzos y de su lucha desesperada, los reyes cristianos con un ejército de treinta mil peones y doce mil ginetes, habian puesto sus reales en sierra Elvira, en los ojos de Guetor á dos leguas de Granada.

Pronto las tiendas fueron casas, la cerca murallas torreadas con cava profunda y alta estacada, y el real trasformado en ciudad se llamó Santafé.

Cerráronse las puertas de Granada temerosos del enemigo, escasearon los alimentos, y se exasperaron los ánimos; las luchas intestinas, las escaramuzas fuera, los combates singulares entre los sitiados y sitiadores, eran otros tantos veneros de sangre abiertos en el corazon de Granada.

Abou-Abdallah, supersticioso y débil, habia confiado su reino y su porvenir á su destino, y desesperado, temeroso de cuantos le rodeaban, creyendo encontrar enemigos hasta en lo mas retirado de su harem, pasaba una vida vergonzosa encerrado en una torre rodeado de guardas, y procurando olvidar sus desgracias entre impuros placeres.

Tal era el estado en que se hallaba Granada á principios de la luna de ramazan (3) del año ochocientos noventa y seis de la egira (4).

(1) Caballeros de lanza y ballesta.

(2) Abencerrajes.

(3) El órden de los meses que los árabss llaman lunas, es el siguiente: muharran, safer, rabic primera, rabic segunda, giumada primera, giumada segunda, regeb, xaban, ramazam, xawal, dilcada y dilhagia. Se entiende por egira la era de los musulmanes, que empieza en la época en que Mahoma huyó á la Meca.

(4) Junio de 1491 de J. C.

## I.

Por aquel tiempo habia llegado á Granada un hombre de color atezado, barba blanca y espalda encorvada. Decíase médico y astrólogo, y apellidábase Jucef-el-Alime (1). Este hombre, viejo en la apariencia, llevando por único vestido una mugrienta toca, un caftan roto y un almaizar raido, apareció un dia en la plaza de Bib-Albolut (2), á guisa de juglar, con un juego de cubiletes y una antiquísima y negra guitarra.

Allí, sentado sobre una alfombra vieja, hacia juegos de manos, cantaba con voz ronca y acompañándose con la guitarra, romances de amor, curaba enfermedades malignas, y decia el horóscopo por algunas monedas de cobre.

Jucef-el-Alime vivió algun tiempo despreciado de todos, perseguido por los muchachos, ladrado por los perros, y en la situacion de un mendigo; pero nadie sabia el lugar de su morada, á la que se retiraba despues de la azalá de al-magreb (3).

(1) Josef el Sabio.

(2) Plaza de la puerta de los Estandartes.

(3) Los árabes dan á sus horas los nombres siguientes: de azobi, del alba; de adoha, de dia claro; de adohar, á medio dia; de alazar, á media tarde; de alma-

Fuese que el desprecio público se le hiciese intolerable, fuese otra causa cualquiera, apareció algun tiempo despues con trajes severos, aseados y aunque modestos, dignos de un médico, montado en un asno de las alpujarras, con una varita negra en la mano y un Koram (1) bajo el brazo. Dejó de sentarse en la alfombra de la plaza de Bib-Albolut, y desde entonces solamente se le vió durante la oracion de adohar en el atrio de la grande aljama (2) del Albaicin (3) predicando á los fieles la palabra de Dios, y curando con ciertas oraciones misteriosas y algunas yerbas de que siempre iba provisto, males del alma y estrañas enfermedades del cuerpo.

De tiempo en tiempo la vista de Jucef se posaba de una nanera fija y tenaz, como cediendo á un recóndito pensamiento, sobre los muros de una torre frontera á la aljama, y cuya puerta y agimeces se habian tapiado, dando mucho que decir al vulgo, despues de haber cedido el trono á su hijo Abou-Abdallah, el rey Abou'l-Hassan, y antes de su partida para Illora; creíase que un encanto dominaba á aquel alcázar, que el rey Xeque (4) habia construido para la sultana Zoraya *(lucero del alba)* en los tiempos de sus insensatos amores, y murmurábase de una dama hechizada que dormia en él, y aquien se atribuian los bandos y las discordias que laceraban á Granada.

Algunos habian preguntado á Jucef acerca del misterio del cerrado alcázar; pero éste fruncia el cano entrecejo, lanzando sobre el curioso una mirada terrible, y seguia su rezo ó sus ensalmos.

Por este y otros accidentes, Jucef habia llegado á infundir respeto, con su esterior grave y misterioso, sus lecturas piadosas y sus curaciones admirables; los mismos que antes, pobre y juglar, le habían insultado, se inclinaban con veneracion á su paso, y los que no habian reparado en él cuando era tocador de vihuela, corrian á tomar puesto en el círculo que cuotidianamente le rodeaba en la puerta de la aljama, y donde era conocido con el nombre de sabio Faquí (5).

Una hora despues de la oracion de adohar, Jucef montaba en su asno

greb, á puestas del sol; de alatema ó alajá, al oscurecer, al anochecer; ya entrada la noche, segun su costumbre de dividir el tiempo por las horas de sus oraciones ó azalas.

(1) Koram, lectura, libro de la ley entre los musulmanes, como entre los cristianos la Biblia.

(2) Al-Djami, mezquita principal.

(3) Hoy iglesia del Salvador.

(4) Asi llamaban en Granada á Abul-Hacem para distinguirlo de Boabdil á quien llamaban el rey Chico.

(5) Doctor.

y salia del Albaicin por la puerta de Guadix (*Bib-Guadis*), y descendiendo á los frondosos cármenes del Dauro, se perdia en las altas y revueltas cortaduras que sirven de lecho al rio; al dia siguiente, á la misma hora y por el mismo sitio tornaba á la puerta de la aljama, donde ya le esperaban enfermos, enamorados ó supersticiosos.

Alguna vez, entre estos seres vulgares, aparecia un hombre de gesto sombrío, mirada recelosa y espresion astuta, y cambiaba con el sabio algunas palabras en un lenguaje desconocido. Fruncíase ó dilatábase el semblante de Jucef por un momento, y despues seguia impasible el ejercicio de su profesion.

Muchos de estos hombres misteriosos solian esperarle luego fuera de los muros, y bajo la sombra de algun frondoso espino, ó en las grietas de una cueva ó en las revueltas de un barranco departian con él acaloradamente y por largo tiempo. A veces algunos de estos hombres llevaban bajo el alquicel un arnés, y oculta cuidadosamente una espada castellana.

Aquellos hombres, á juzgar por su traza, eran ladrones ó contraventores de la ley, ó corredores de los enemigos.

A pesar de ser esta conducta sospechosa, nadie habia reparado en ella, y Jucef gozaba ampliamente de su reputacion de sabio Faquí.

Entre tanto los adalides de Muza, engañados por falsos avisos, eran continuamente batidos en la vega, sorprendidos en traidoras celadas, ó envueltos por un número considerable de cristianos, que los esterminaban ó cautivaban á mansalva. Jucef se dolia en alta voz de estos fracasos, y rezaba acompañado en coro por el populacho que le rodeaba, plañideras oraciones porque Allah diese su favor á las armas de los muslimes.

Pero como nunca faltan en contra de un hombre por santo que sea, lenguas murmuradoras, susurróse que Jucef-el-Alime no era lo que parecia, y que por el contrario servia como *algazaz* (1) á los cristianos.

Llegaron estos rumores á oidos del *alkavir* (2) del rey, y con gran sorpresa suya un *katib* (3) acompañado de algunos ginetes, hizo montar al sabio en su asno y le condujo delante del *alwacir* (4) de Palacio, que investido con las insignias judiciales, teniendo delante un braserillo donde se enrojecian hierros de formas estrañas y espantables, le mandó desnudar de cintura arriba, preparó tras él dos clavos con varas, le amenazó con sacarle los ojos si mentia, y le interrogó severamente; pero Jucef se dió tal mañana á sincerarse, habló de tal modo, estuvo tan inspirado, que

(1) Espía.
(2) Presidente del consejo.
(3) Escribano.
(4) Alguacil mayor del reino.

el alwacir se sonrojó de haber tratado de una manera indigna á un varon santo y temeroso de Dios, le colmó de disculpas honoríficas, le hizo un rico presente, y le dejó marchar libre y con mas fama que antes de su enjuiciamiento.

Jucef no abusó del triunfo; viósele siempre humilde, caritativo y piadoso, rodeado de sus discípulos, que tales podian llamarse los que cuotidianamente le rodeaban, mas no volvieron á aparecer junto á él, tal vez por casualidad, los hombres de rostro malévolo con los cuales habia tenido otras veces pláticas estrañas en un lenguaje desconocido.

Pero estaba escrito que no debia ya el sabio gozar de reposo; la calumnia es un corrosivo terrible, que si cae sobre la reputacion mas pura, no la abandonará sin haber dejado impresa en ella sus señales. Aquellos rumores, aunque desmentidos, proseguian, y llegaron en mal hora á oidos del *emir* (1) Muza Ebn-Abil-Gazan.

Menos astuto éste que los cadíes, los wacires, y los katibs, era en cambio mas fogoso; rodeado por todas partes de enemigos y de traidores, se habia acostumbrado á desconfiar de todo, y sabia leer en los ojos de los hombres los intentos de su espíritu. Jóven, audaz, valiente, lleno de amor hácia su patria y de lealtad hácia el rey, su señor natural, á nadie confió la investigacion de lo que pudiera existir de criminalidad en el sabio Faquí. El solo, cubierto con su traje mas rico, ginete en su mejor caballo, galan y hermoso, reuniendo en sí todo cuanto restaba de bello y sublime al pueblo moro, se presentó un dia delante de la aljama, descabalgó, dejó las riendas sobre el cuello á su corcel, y se adelantó reposado, tranquilo, casi sonriendo al círculo de curiosos, muchachos é imbéciles que rodeaban á Jucef.

El pueblo le abrió calle, y se mantuvo á una distancia respetuosa del jóven y hermoso emir. Muza, el caudillo del rey, era temido por los valientes, respetado por los buenos y amado por las damas. Era el hijo predilecto de Granada, y bastaba una mirada ó una accion suya para que se desnudasen en su torno cien espadas ó para que se apaciguase un motin.

Jucef-el-alime, el hombre que no habia temblado ante los preparativos del azote y del tormento, palideció instantáneamente ante la presencia del emir.

—Que el señor altísimo, sabio y vencedor sea contigo, sabio Faquí, dijo Muza á Jucef; la fama de tu ciencia ha llegado hasta mí, y quiero que descifres mi horóscopo en el libro del porvenir.

Ni un músculo, ni un párpado, se habian contraido en el semblante

(1) Príncipe, caudillo, general.

del mancebo; en su boca lucia una amistosa y cortés sonrisa, y su mano se tendia en direccion á la de Jucef.

—Seas bien venido, caudillo vencedor, espada del Islam, contestó el sabio, ¿qué podrá decir el buho que medita, el águila que vuela?

—Tú eres sabio, Faquí, contestó Muza, tú has descifrado los misterios del libro de Dios y las estrellas hablan contigo; yo soy ciego, marcho entre tinieblas en el camino de mi vida y te pido ojos y luz.

—Eres valiente, emir, contestó el sabio; pero tu horóscopo es funesto; henchida de sangre y desgracias está la nube de tu destino. La muerte acecha, emir; pero tu muerte será gloriosa; tus enemigos honrarán tu cadáver, y los hijos del Islam llorarán sobre tu tumba porque serán esclavos.

Una rápida espresion de cólera pasó por el semblante de Muza; pero imperceptible como una ráfaga que pasa por delante del sol del estío; parecióle que el color cobrizo del sabio no era su color: que su barba cana cubria otra barba negra y rizada, que sus ojos tenian mas fuerza que la que debia suponerse en los de un viejo. Dominóse, sin embargo, y contestó sonriendo:

—Sabio, gracias á tu ciencia, el horóscopo que me has anunciado, es el mas á propósito para llenar de alegría el alma de un emir. Que Dios el altísimo y único sea contigo.

Arrojó una dobla de oro á los pies de Jucef, atravesó por medio del populacho, cabalgó, y perdióse entre las revueltas calles del Albaicin.

Al llegar á una encrucijada próxima á la Alcazaba, un esclavo africano se aproximó á él.

—Acbakr, le dijo, eres astuto como una serptente, ágil como un ximio, veloz como un halcon...

—Manda, señor, contestó inclinándose el esclavo.

—Vé á la aljama, y sigue al santon cuando se aleje, de modo que no seas visto por él. Si esta tarde, á la hora de la oracion de almagreb, no me has descubierto dónde mora, quedará tu tronco sin cabeza.

El esclavo se inclinó de nuevo, y partió obedeciendo á un ademan de Muza, que se encaminó á la Alhambra, entró en su alcázar y esperó.

Tres horas despues el esclavo se prosternó ante él.

—Señor, le dijo; el Faquí mora en una cueva, á una carrera de caballo de la Alhambra, subiendo la corriente, á la izquierda del rio.

## II.

Apenas la noche habia cubierto el hemisferio, cuando Muza, armado de todas armas, ginete en un caballo de batalla, y guiado por Acbakr,

salió de la Alhambra por la puerta de los Siete-Suelos, subió al galope el repecho del Haza de la Escaramuza, y empezó á trepar siguiendo la carrera del esclavo, el escarpado sendero que corta por la parte oriental la falda de la Silla del Moro.

Pronto el señor y el esclavo llegaron á la ancha plataforma, cumbre de la cordillera, y junto á las ruinas de una antigua poblacion árabe, de las cuales solo se conserva hoy como único vestigio, una cisterna conocida por Aljibe de la Lluvia.

La luna creciente, se eleva en un espacio sin nubes, inundando de una luz pálida y misteriosa las montañas, la vega y Granada.

De Oriente á Poniente, desde la falda de Sierra Nevada hasta los montes de Loja se elevaba, como una gasa flotante, un vapor trasparente, indeciso, perdido como el velo de una vírgen; confundiéndose en él, ora oculta entre las quebraduras de las montañas, ora cubriendo una estrecha garganta, se estendia otra faja de vapores, del Norte al Mediodía, iluminada vigorosamente por la luna que parecia salir de una region encantada: estas dos ráfagas de niebla marcaban la situacion del Dauro y el Genil; junto á sus fajas luminosas, perdidas en una penumbra de sombra, ora pardas, ora azules, se destacaban las montañas, las rocas, los valles, la vega, la ciudad, las aldeas y los castillos.

Se habian estinguido los rumores que acompañan al dia; habian callado las esquilas de los rebaños, el canto de las aves, los gritos de los labriegos; pero alguna vez se escuchaba el ladrido de un perro vigilante, el grito de las lechuzas entre las ruinas, la voz de alerta de los atalayas de la Silla del Moro, y al lejos perdido, confuso, sonoro, el zumbido unísono, continuo, que como un hálito de vida surgia de Granada.

Muza habia detenido la carrera de su caballo para observar aquel espectáculo grandioso, con su aparente faz, sus rumores fantásticos, su claridad mate y su manto de niebla: habia suspirado al ver á Granada inerte y silenciosa entregada al sueño, y habia rugido de cólera al percibir al lejos, en la vega, las fogatas del real de Santafé, delante de las cuales parecíale distinguir al atalaya castellano, afilando el hierro de su ancha pica en las piedras del muro, y mirando codicioso las torres de la Alhambra.

—¡Oh señor Allah! esclamó el emir; ¡cuán inexorable eres! ¿Será verdad que ese jardin de delicias, esa ciudad de mil torres, y ese alcázar de perlas, han de ser presa del tigre que acecha desde su cubil, y que dilata ya su ojo sangriento?

Muza arrimó los acicates á su caballo y blandió ferozmente su lanza de dos hierros mirando á Santafé. El valiente bruto, á quien contenia la

crispada mano del emir, se estremeció piafando, y lanzó en el espacio un relincho de dolor.

—Silencio, Samyel, dijo Muza, silencio; que yo te juro por el santo nombre del señor fuerte é invencible, hacerte pisar centenares de cristianos, y bañarte hasta las cinchas en su sangre aborrecida. ¡Señor Allah! añadió fijando sus elocuentes ojos negros en el firmamento, muestra á tu siervo un camino de salvacion para su patria, que yo te juro por mi fe de muslim y mi nombre de caballero no retroceder aunque haya de pasar el terrible puente Sirat (1) sobre las llamas del fuego eterno.

Apenas pronunciadas estas palabras, el vapor de los rios se dilató; tendióse primero, oscilando como un gigante penacho, doblóse luego, llenó el espacio y se condensó.

Una claridad blanca, fria, nebulosa, sustituyó á la luz de la luna.

La tierra habia desaparecido, los ruidos nocturnos habian cesado; solo quedaban niebla y silencio.

Muza se afirmó en los estribos, embrazó la adarga y afianzó la lanza, como un justador que se apercibe al combate; aguijó el corcel y éste partió á la carrera.

Sus ferrados cascos resonaban como sobre un camino de rocas; fuego lívido arrancaban de él, chispeando, sus herraduras.

Y cada momento que trascurria, era su carrera mas veloz, el ruido de sus pisadas mas sonoro, mas intenso y abundante el fuego que arrancaba de la roca.

Al fin, su velocidad fue igual á la del viento, cuyo nombre le habia apropiado Muza (2).

Y corria sin tregua ni descanso, como si le hubiera impulsado la mano de Dios.

Y Muza, con el cuerpo inclinado, la vista atenta, el corazon tranquilo, veia pasar junto á él las sombras arrebatadas por el torbellino.

Y el caballo seguia corriendo; el ruido de sus pasos era ya semejante al rudo redoble de un atabal; se devoraba en sí mismo, se continuaba, se perdia en un rumor atronador, sonoro, unísono.

(1) Este puente es mas delgado que un cabello, y mas afilado que una navaja. Las almas de los elegidos lo pasarán con la velocidad del viento; pero los réprobos resbalarán y se precipitarán en el fuego eterno. (Koram).

(2) Bed-simound ó beb-samyel, huracan furioso que nace en el golfo Pérsico, y levanta en montañas las arenas del desierto. Se anuncia con gran ruido: á su llegada el cielo parece encarnado ó inflamado; mata al momento por la sofocacion á los que pasan; se reducen á polvo cuando se les toca; sin embargo, no altera sus formas.

Y las sombras pasaban cada vez menos densas, á la manera que la luz de la alborada crece en claridad y calor; pasaban y desaparecian, y al fin dejaron ver un cielo azul, diáfano, alumbrado por la misma luna creciente que Muza habia visto brillar sobre Granada.

Cesó la roca bajo las herraduras del corcel, menguó su carrera, y Muza se encontró en terreno desconocido.

Descendia por entre las quebraduras de un barranco á un valle profundo. Una senda estrecha le condujo á la entrada de un bosque oscurísimo. Las aves nocturnas revolaban en su enramada, y el grito del cárabo era repetido á lo lejos por los ecos.

Dentro ya del bosque, blancos y solitarios sepulcros se tendian á entrambos lados de la senda; unos eran humildes, otros elevados; el laurel y el ciprés crecian en torno de las tumbas; un prestigio pavoroso llenaba aquel bosque de los muertos.

A poco que anduvo en él encontró á un viejo encorvado, vestido con una ropa de púrpura, ceñida la frente de laureles, y cuya barba blanquísima casi tocaba al suelo, apoyábase en una espada desnuda y sangrienta y se alumbraba con una antorcha.

El rostro, las manos y los pies de este hombre eran negros: parecia pertenecer á la raza egipcia; pero su calva frente estaba llena de magestad, sus ojos brillaban con un orgullo salvaje, y su boca desdeñosa entonaba un antiguo canto de guerra.

Muza, feroz con los enemigos, cortés con las damas, respetuoso con los ancianos, se inclinó ante el hombre negro; éste procuró elevar su encorvada espalda, y alumbró con la luz de su antorcha el semblante del mancebo.

Los ojos del viejo, de espresion bravía y feroz, se dilataron, su boca sonrió, cesó su canto de guerra, y mirando de hito en hito al jóven, le dijo:

—Tú eres Muza Ebn-Abil-Gazan, emir del rey Abdallah el Zogoibi.

Yo soy el que dices, anciano, contestó Muza. ¿Quién eres tú que conoces mi nombre y mi estado, y qué tierra es ésta tenebrosa donde reina la sombra y duermen los muertos?

—Yo soy, contestó el viejo, el primer siglo de la dominacion árabe en España; éste mi cementerio. Contémplale bien. Esta tumba severa, tras la cual brota un laurel, es la de Taric-Ebn-Ziad; por él tienen un nombre célebre los campos de Jerez, y el Guadalete es un rio notable. Este fue el caudillo valiente, compasivo y generoso, con los suyos y con los estraños. Su laurel es verde matizado de oro. Columna de Islam, duerme aquí el sueño de los justos y junto á él descansa su espada ven-

YO SOY EL PRIMER SIGLO DE LA DOMINACION ARABE EN ESPAÑA.

cedora. Su nombre será respetado con los siglos, y nunca se marchitará el laurel que brota sobre su último lecho.

El viejo pasó adelante, y alumbró otro sepulcro, cuya inscripcion estaba cubierta de musgo, y en torno del cual brotaban yerbas parásitas.

—Aquí duerme, dijo el viejo, Muza-Ebn-Noscyr. Su sueño es un sueño de infamia. Envidioso, avaro y cruel, calumnió á Taric y le encarceló. La muerte fue con él. Los laureles adquiridos por su espada, se han marchitado y reducido á polvo. Solo queda la memoria de sus faltas.

El viejo llegó á otra tumba.

—Aquí reposa Abdelaziz, mas allá su esposa Egila: tercer emir de España, empañó el brillo de sus virtudes y de su valor, siendo renegado á Dios y traidor al califa y á su pueblo por el amor de una mujer; su losa brota sangre como la de Egila. El puñal de la justicia los arrojó á la muerte.

Estos cinco sepulcros son de otros tantos emires que gobernaron sin dejar huellas de su nombre.

Aquí reposa Abderramen (A'bd-al-Rahhman, *servidor del misericordioso*), el último de los Abassidas en Damasco, el primer califa de Córdoba, el caudillo fuerte é invencible. La gloria se cierne sobre su tumba, porque él hizo un reino independiente y poderoso de la conquista de Taric. La grande aljama de Córdoba (1) es el signo de su poder y su grandeza.

Allí reposa Pelayo. El laurel que brota junto á su fosa fue fatal á los hijos de Ismael y destila sangre. Pero es mi laurel mas lozano.

Funestos fueron tambien á los árabes los de Alfonso y don Favila, sus espadas se tiñeron de sangre hasta las empuñaduras, y la cruz estendió por ellos sus dominios sobre las tierras del Islam.

Allí descansa Hischem, el hijo de Abderramen, llamado el Justo y el Bueno. Su reinado tuvo la duracion de un relámpago, y bajó á la fosa sin gloria, pero sin infamia.

La tumba de su hijo Al-Hhakem (*el Sabio*) pertenece á otro siglo, emir; mi cementerio es reducido, pero en él domina la gloria; la bandera de Ismael flota aun sobre mi frente, y los siglos venideros volverán atrás la vista y me mirarán con respeto; pues bien, si tú hubieras vivido en mi tiempo, tu gloria seria tan alta como la que mas me llena de orgullo, tu espada hubiera sido la espada del Islam.

—¿Y ahora, señor? murmuró Muza.

—¿Qué puede el hombre contra su destino? contestó el viejo. ¿Cómo

(1) Hoy catedral.

querrás tú solo contener el torrente que se desborda? ¿Cómo detener la mano del Altísimo que se levanta justiciera sobre un pueblo manchado con la impiedad y los vicios?

—Pero aun queda esperanza, anciano. ¿Qué importa que yo muera si salvo á mi patria, si tras mí se levantan otros que caigan como yo, pero que al caer arrastren consigo un pedazo de terreno arrancado al enemigo?

—Solo queda un medio, contestó el viejo, pero la prueba es difícil; tú has pedido al señor fuerte é invencible te muestre un camino de salvacion para tu patria, y te ha enviado junto al pasado que guarda el destino del porvenir. ¡Ay de tí, si te falta fuerza, Muza, porque caerás y pasará tu nombre como pasan las hojas que arrastra el viento del invierno!

Dichas estas palabras, el viejo empezó á andar rápidamente el sendero adelante, internándose en el bosque; Muza le seguia; á poco encontraron otro hombre exactamente igual al que guiaba al emir; luego otro y otro, hasta siete; todos llevaban espadas, mantos de escarlata y coronas de laurel; pero sus espaldas eran sucesivamente menos encorbadas, sus barbas menos blancas, hasta el último que aparecia fuerte y robusto en todo el esplendor de la edad viril.

Caminaban siempre entre sepulcros; pero á medida que avanzaban era la senda menos áspera y estrecha, el bosque mas claro, la luz mas diáfana.

Los siete hombres con las siete antorchas en aquel camino medroso y mortuorio hubieran inspirado pavor á otros menos valientes que Muza Ebn-Abil-Gazan.

Al fin desembocaron en un pequeño valle; en el centro de él se elevaba un alcázar negro y silencioso; sus almenas eran de diamante, su puerta de hierro, y sobre la elevada aguja de su alminar ondeaba un pendon verde, en cuyo centro se leia en caracteres cúficos de oro el mote: *¡Le galib ile Allah! (¡Solo Dios es vencedor!)*

Mudo, imponente, gigantesco, aquel alcázar terrible parecia suspendido sobre un abismo de niebla y coronado por una aureola de pálidos vapores; ni habia guardas en sus adarves, ni ajimeces en sus muros, ni saeteras en sus almenas; rodeábale un prestigio pavoroso, y era sombrío como una tumba.

El primer siglo llegó á la puerta, la tocó con la punta de su espada y sus dos hojas se abrieron lentamente y sin ruido; los siete siglos, uno despues de otro, se internaron en un ámbito oscuro, y tras ellos Muza. La puerta se cerró, y el emir, atónito, con el corazon lleno de emocion siguió á los siete ancianos; descendieron por una espiral y descendió; á

los cien [illegible] misterio; cerró el cofrecillo, lo ocultó bajo su manto, abandonó sus redes, y se volvió meditabundo con su extraña pesca á su alcázar... donde en el aposento mas retirado se rodeó de sus sábios, les mostró el cofrecillo y el pergamino, y les mandó descifrasen... la tres palabras misteriosas...

—Señor, contestaron los sabios despues de haber consultado entre sí: la primera palabra te indica que debes estar muda; la segunda que consultes su nóroscopo; la tercera que obedezcas el decreto del destino que el horóscopo señale...

El rey, mas por temor que por generosidad, juró por su alma tenerme por hija; me entregó á una nodriza, mandó á los sabios que consultasen mi horóscopo, y éstos observaron durante siete noches el curso de las estrellas.

—Señor, le dijeron un dia, hemos descifrado el horóscopo de la niña, y le hemos escrito en este pergamino, que no podrás leer hasta que nosotros hayamos salido de tu alcázar.

El rey tomó el pergamino y los sabios salieron; entonces el rey se retiró al aposento mas retirado de su alcázar, desdobló el pergamino y leyó lo siguiente:

## IV.

Moraba hace treinta años en la region situada entre el golfo Pérsico y el Mar Rojo, un hombre de gran valor y prudencia, aunque de oscuro nacimiento; llamábanle Ysahculhayal (Yshaku-l'shayal, *Isac el pescador*), á causa de su profesion, y era tan pobre y tan desgraciado, que nunca sus redes le produjeron mas que lo apenas necesario para comprar su pan y su sal. Pero nunca su boca blasfemó, ni la desesperacion entró en su alma, porque era un justo, y Dios le tenia reservado para grandes cosas.

Y llegó un dia en que sus redes salieron vacías del mar, y tras de aquel vino otro, y otro, hasta siete; los cuatro primeros dias vivió de sus provisiones ahorradas, pero los tres restantes ayunó. Al sétimo, el hambre le aquejaba, sus fuerzas desfallecian y apenas alcanzaba á tirar de la red, que al fin salió como los otros dias anteriores, sin haber cogido entre sus hilos rotos otra cosa que piedras y arena.

Ysahculhayal soltó entonces los tiros de su red, y desfallecido de hambre y fatiga, se tendió sobre la playa esperando la muerte, y murmuró estas palabras.

—¡Hágase la voluntad de Allah!

Despues, un profundo sopor cerró sus ojos, sombras densísimas envolvieron su espíritu, corrió por sus miembros el frio de la muerte.

Entonces el viento salió de su profunda cueva, levantó la cabeza sobre el mar y rizó blandamente sus olas; luego arreció, las arrojó en tumbos sobre la arena, y al fin pujante, las impelió cual montañas de esmeralda, coronadas de perlas.

El mar cubrió el cuerpo de Ysahculhayal, y le arrastró; entonces éste volvió en sí; encontróse envuelto en las olas, y oró á Dios, creyendo llegada su hora terrible; pero con gran sorpresa suya, sintióse fuerte y satisfecho, caminando sobre un pavimento de nácar y rodeado de aguas

azules como el zafiro, que rodaban mansamente delante de él, abriéndole paso al través de los mares.

Y á poco que anduvo, encontró un alcázar con muros de ámbar y puertas de plata, emanando por sus ajimeces una armonía deliciosa, y una luz clarísima.

Y las puertas se abrieron ante Ysahculhayal, que se encontró en una sala como no la han visto ojos humanos.

Estaba fabricado con todas las materias preciosas que atesora el mar, y las perlas caian en cascadas entre sus arcos de coral y sus columnas de diamante.

Y en medio de aquella sala, cuya cúpula estaba formada por cuantas conchas de formas caprichosas y colores vivísimos cubren el fondo del abismo, habia una mujer mas hermosa que el alcázar, mas pura que las aguas, y mas deslumbrante que las cascadas de perlas, los arcos de coral y las columnas de diamante.

Y aquella mujer llegó hasta Ysahculhayal, le levantó del suelo, donde al verla se habia prosternado, y le besó en la frente

—Tú has sido elegido por Allah, le dijo, para arrancar de la idolatría y de los vicios á un pueblo olvidado de su religion y entregado á Eblis. Tú eres justo y bueno; y la fortaleza de Dios está en tu corazon. Yo he ahuyentado durante siete dias la pesca de tus redes, y te he visto volver la espalda al mar sin maldecir de tu fortuna; yo he enviado á mi hijo Rajatulah para que arrasase tu cabaña, y al encontrar sus ruinas, has ido á buscar un asilo contra el rocío de la alborada en las grietas de las rocas, sin que el sueño haya huido de tus ojos, y sin que visiones tentadoras hayan oscurecido tu espíritu. Yo soy Malicatulbajri (Malicatu-l'bahhri, *Reina del mar*), y te amo, pescador, porque eres hermoso, bueno y temeroso de Dios.

La hada asió por la mano á Ysahculhayal y le llevó sucesivamente á salas tan ricas como la primera, pero de labor y materias distintas; le enseñó tesoros inmensos encerrados en profundas cuevas; retretes maravillosos con mesas cubiertas de esquisitos manjares, y lechos blandos y perfumados; manos invisibles cubrian las mesas de viandas, y del mismo modo voces dulcísimas halagaban los sueños de paz y de amores, que plugo á Allah conceder con Malicatulbajri á Ysahculhayal.

Y estuvieron asi por espacio de siete dias; durante ellos Malicatulbajri, al amanecer de cada uno, conducia á su amado sobre un carro de nácar tirado por delfines á sus estensos dominios. Ysahculhayal recorrió todos los mares hasta regiones incógnitas y nunca visitadas por los hombres; le fueron conocidos cuantos rios desaguan en los mares, y cuantos

peces surcan las aguas, desde el inofensivo caracol, hasta la terrible y maligna serpiente que rodea la tierra, con sus escamas de bronce y su triple quijada de acero; anegado en el amor de Malicatulbajri, se perdió con ella bajo la fronda de las selvas submarinas, hollando con su planta de hombre su césped de algas y sus llanuras de ovas; vió lo que solo ha visto quien lo crió y no tuvo soberbia; gozó mas de lo que el hombre puede soñar en su locura, y no se adurmió en los placeres. Ysahculhayal en la prosperidad era el mismo que en la desgracia.

El sétimo dia, Malicatulbajri metió su carro por la embocadura del Gran rio (*el Nilo*), y subió su corriente hasta la embocadura del Bark-el-Azrak (*rio azul*); luego buscó la confluencia de otro rio, y apresuró sus delfines que gemian obligados á vivir lejos de las aguas saladas.

El carro se detuvo delante de un pequeño alcázar situado en lo mas profundo del rio, y tan bello, tan rico y tan deslumbrante, como los que habia visto Ysahculhayal en los mares. Las puertas del alcázar se abrieron, y apareció en ella otra hada hermosísima, pero negra como las hijas de la Nuvia; de su cuello pendia un talisman y sus ropas eran de lino, oro y púrpura.

Las dos hadas se abrazaron estrechamente y se besaron en la boca.

—Esta es mi hermana Malicatulankari (Malicatul'ankari, *reina de los rios*), dijo á Ysahculhayal; las dos fuimos creadas el mismo dia en que el Altísimo, despues de separar la luz de las tinieblas, puso las aguas rodeando al mundo, y nosotras dimos á luz á nuestros hijos Rajatulah y Nurulawal; ha llegado el momento de separarnos. Véte. El reino maldito de que te he hablado está cerca de tí. La impiedad y la idolatría dominan en él; conquista ese reino, vuélvele al conocimiento de Allah, y si eres fuerte y justo, despues de tu muerte vivirás conmigo en mis alcázares del mar y en mis jardines de los lagos.

Cuando hayan trascurrido nueve lunas desde este dia, vé al lugar donde solias pescar y echa al mar tus redes. Lo que haya de suceder sucederá, porque está escrito.

Y Malicatulbajri besó en la boca á Ysahculhayal, abrazóle Malicatulankari, las aguas se condensaron, elevaron en su tromba al pescador y le arrojaron entre las espadañas de la ribera.

Cuando la luz del sol poniente hirió los ojos de Ysahculhayal, cuando respiró el aire templado de la tierra, cuando se vió sobre ella con los vestidos enjutos, creyó efecto de un ensueño lo que habia pasado por él durante siete dias; pero cuando se encontró á la márgen de un rio, sobre una tierra desconocida; cuando levantó los ojos y vió ante sí una ciudad estranjera rodeada de fuertes murallas y dominada por un altísimo casti-

llo, la duda huyó de su espíritu, y como siete dias antes habia aceptado la muerte, aceptó la mision que le deparaba el destino, y esclamó prosternándose:

—¡Hágase la voluntad de Allah!

Y la noche se acercaba. Ysahculhayal prefirió un asilo en las rocas á dormir bajo el techo de una ciudad impía, y se alejó á lo largo de la ribera y á poco trecho encontró, tras un recodo del rio, entre palmeras y nopales, una magnífica tienda de oro y seda, alrededor de la cual gineteaban algunos guerreros árabes.

—¿Sabeis dónde podria yo encontrar un asilo? preguntó humildemente Ysahculhayal á uno de ellos.

—Tuyo es, señor, lo que ves ante tus ojos, contestó el árabe; somos vasallos de Maticatulbajri y te esperábamos.

Ysahculhayal entró en la tienda, é instantáneamente le rodearon hermosas esclavas, despojáronle de sus pobres vestidos de pescador, vistiéronle una túnica de brocado, rodearon á su frente un chal de la India y calzaron sus pies con sándalias de oro y púrpura. Luego trajeron ante él un espejo de plata, y á la luz de olorosas antorchas de aloe pudo notar el cambio operado en su ser.

Sin haber perdido su semejanza era un hermosísimo mancebo con toda la fuerza y el esplendor de la edad viril; el rojo color de su semblante no era el producido por el continuo azote de los vientos, de los abrasadores rayos del sol y de las emanaciones marinas; era el dorado color distintivo de los hijos de Arabia, estendido sobre una piel tersa, fresca y brillante; sus manos endurecidas y desfiguradas por el trabajo, se habian trasformado en otras manos robustas, pero hermosas y suaves como las de una esclava; su talle, sin dejar de ser fuerte, era esbelto, y su cabeza se erguia con magestad sobre su pecho dilatado y sus anchos hombros.

Su ademan era el de un rey, y su túnica se adaptaba admirablemente á sus formas.

Tras las esclavas entraron los joyeros y le prendieron las alhajas que puede llevar sin vergüenza un soldado árabe; tras éstos, cargados de armas, llegaron los esclavos, y un anciano walí le ciñó una espada de oro.

Luego le fueron presentadas viandas esquisitas, de las cuales solo tomó pan, leche y dátiles; y cuando se reclinó en su lecho de pieles de tigre, cuando todos se retiraron, la mas hermosa de las esclavas entró en la tienda, sentóse junto al lecho y veló su sueño.

Ysahculhayal despertó al amanecer, hizo la ablucion en una fuente de oro que le presentó la esclava, y elevó á Allah la oracion de azzobhi.

Oíase un gran ruido de armas y caballos fuera de la tienda; Ysahculhayal salió á su puerta y vió en el valle, agrupados en escuadron cerrado, diez mil ginetes; ciñóse un arnés damasquino, cabalgó en un fogoso caballo, mandó plegar las tiendas, y en silencio, entregado al destino, abandonó las riendas á su cabalgadura, embrazó la adarga y afianzó la lanza preparado al combate, y seguido de su ejército, de su consejo y de su harem llegó á las puertas de la ciudad.

Durante la noche los corredores habian visto en las márgenes del rio aquel ejército estranjero; y la ciudad se habia apercibido á la defensa. Estaban cerradas las puertas, levantados los rastrillos y las almenas cubiertas de soldados.

Ysahculhayal envió en nombre de Dios un mensaje á la puerta mas cercana intimando la rendicion, y por respuesta lanzaron los moradores una nube de saetas á los árabes.

Entonces sonaron en un alarido guerrero los añafiles y los atabales, desplegóse la bandera del profeta, Ysahculhayal desnudó su espada y seguido de los suyos se lanzó sobre la puerta.

En un momento la cava que la defendia fue cegada con piedras y árboles, cien hachas cayeron sobre la puerta que se abrió hecha astillas, y los hijos del Islam penetraron en la ciudad.

La mortandad fue terrible; herian las espadas de los árabes impulsadas por la mano de Dios en los impíos como el granizo sobre las mieses, y fueron esterminados todos los que empuñaban lanza ó azagaya, hasta el rey que cayó entre sus mancebas en lo mas retirado de su harem.

Ysahculhayal se apoderó de la ciudad en nombre de Allah, derribó el templo consagrado al sol, purificó con la ablucion los alcázares, las calles, las plazas, las murallas y los edificios de la ciudad, y levantó aljamas á Dios.

Siete dias despues el Koram era observado por los habitantes del pueblo impío, y el ejército árabe desapareció una noche, como habia aparecido para ayudar á Ysahculhayal.

Solo quedaron las vírgenes y hermosas esclavas del harem.

Pasaron nueve lunas en una paz profunda; Ysahculhayal era dueño de un reino floreciente y religioso; le amaban sus vasallos, le respetaban sus vecinos, y el sol de la felicidad brillaba sobre su frente.

Pero su próspero destino no le hizo olvidar sus deberes; algunos dias antes de que se cumpliesen las nueve lunas, dejó el gobierno de su reino á su visir, y solo, con sus antiguos vestidos de pescador y sus redes al hombro, se encaminó á las playas del mar Rojo, donde en los tiempos de su pobreza se ejercitaba en la pesca.

Llegó despues de una larga caminata, y su corazon se dilató; volvia á ver la tierra de su infancia; encontraba su pobre choza como antes de ser arrebatada por el huracan, y junto á ella sus ojos, arrasados de lágrimas, se posaron en las tumbas de sus padres y de sus hermanos.

Oró toda la noche sobre ellas, y al amanecer arrojó sus redes al mar; cuando creyó que podia retirarlas tiró de ellas; un peso enorme hacia su trabajo lento y penoso, faltábanle fuerzas; al fin logró sacarlas sobre la ribera.

Dentro de ellas venia un cofrecillo de nácar; abrióle y encontró un hermoso niño.

Entre sus ropas halló una tela de oro en que estaban escritas con perlas estas palabras:

*Ese infante es hijo de Malicatulbajri y de Ysahculhayal su esposo; haz de él un buen muslim y un buen caballero, y sigue obedeciendo tu destino.*

Ysahculhayal besó llorando de placer á su hijo, lanzó un beso al mar y ébrio de alegría entró en su cabaña.

Apenas se habia sentado en ella, cuando una esclava hermosísima se presentó á la puerta.

—Yo soy la nodriza de Ebn-al-Bajri (*Hijo del Mar*), le dijo.

Ysahculhayal la entregó el niño; oró aquella noche sobre la tumba de sus padres, y al dia siguiente, despues de haber arrojado otro beso al mar, emprendió acompañado de su hijo y de la nodriza, la via de su reino.

Llegó y ningun sabio descifró el horóscopo del niño, que creció hermoso y valiente, pero feroz como la ira del leon.

Y gobernó Ysahculhayal pacíficamente su reino durante doce años.

Pero habia llegado el momento de su prueba.

Tenia, resto de toda su raza, un hermano; este hermano era vengativo, cruel y tan irascible, cuanto era generoso, caritativo y humilde Ysahculhayal; indolente y criminal, en vez de haber ayudado á su hermano en la profesion de sus padres, le robó sus escasos ahorros, compró con ellos un caballo y una lanza, y se unió á una de esas hordas de árabes ladrones que asaltan á las caravanas y son el azote de los linderos del desierto.

Y asi, el uno practicando la virtud, el otro perdido en el sendero de los crímines, pasaron veinte años desde el dia en que el hermano robó al hermano, y doce desde aquel en que Ysahculhayal habia sido elevado á un trono por la justicia de Allah.

El árabe ladron, en su vida de vagancia fue llevado por el destino al

reino de su hermano y á pesar de su grandeza reconoció á Ysahculhayal, púsose ante él, lloró hipócritamente sus faltas, le ofreció mejorar su vida, y el hermano siempre generoso, siempre bueno, le abrió los brazos, le hospedó en su alcázar, y poco despues, engañado por el esterior hipócrita del bandido, le dió el gobierno de su ejército.

Poco tardaron en mostrarse las consecuencias de tamaña imprudencia. Los habitantes de la ciudad, mal avenidos con el gobierno justiciero y rígido de Ysahculhayal, adictos al libertinaje y á la impudencia de su antigua religion, oyeron las pérfidas sugestiones del hermano rebelde, y amaneció un dia fatal en que Ysahculhayal se vió preso con su hijo en la torre mas fuerte de su alcázar, vendido traidoramente por su ejército, y acusado de impío y de asesino por los adoradores del sol.

El hermano traidor hizo conducir ante sí, cubierto de cadenas, al hermano inocente; y ambicioso siempre y cruel, le ofreció la vida en una prision si le revelaba el sitio donde habia escondido sus tesoros.

Ysahculhayal no reprochó al hermano su crímen, ni se indigno, lloró por él y le manifestó su pobreza.

Porque siempre caritativo, habia gastado los impuestos y los tributos en hospitales y limosnas para aquel pueblo que le asesinaba; habia sido siempre frugal, y las esclavas de su harem, escogidas por Malicatulbajri entre las mas hermosas hadas de los lagos, se conservaban aun vírgenes é inmarchitas.

El asesino se irritó; creyó que su hermano mentia, y esperando que el terror le arrancase su secreto, le condenó con su hijo á la muerte de la hoguera.

Y la hoguera se levantó. Ysahculhayal y su hijo fueron conducidos á ella, y allí por última vez el hermano pidió los tesoros que soñaba el hermano.

Ysahculhayal solo contestó como en los tiempos de su pobreza y de su prosperidad:

—¡Hágase la voluntad de Allah!

Y el fratricida puso fuego á la hoguera.

Entonces las nubes se tendieron en el espacio, la tormenta rugió sordamente al lejos, y se arrojó con la rapidez del rayo sobre la ciudad maldita. La niebla envolvia la hoguera, torcióse en torno de ella el huracan, y arrastrando la tromba se elevó rugiente en el espacio.

Cuando se disipó la niebla solo quedaban cenizas en el sitio de la hoguera.

Todo estaba terminado. El asesino era rey, y las mezquitas fueron arrasadas, escarnecido el nombre de Allah, y reedificado el altar de oro del sol.

El usurpador penetró en el harem, pero le halló desierto; las vírgenes habian desaparecido.

Tornó la impureza con todo su fatal esplendor; adoróse cuanto de inmundo halaga los sentidos, y Eblis tendió sus alas sobre la ciudad impía.

Y andando el tiempo, el rey de aquel pueblo, acosado por su conciencia y por sus malos ensueños, salió un dia á caza. Abandonóse á la carrera de su caballo, y encontróse de repente sobre el rastro de una cierva; siguióla hasta que se puso al alcance de su azagaya, é iba á disparar, cuando la cierva se trasformó en una doncella nubia de maravillosa hermosura.

Aquella doncella era Malicatulankari.

El rey se deslumbró ante su belleza, descabalgó y ella le abrió sus brazos; estaba escrito, y Malicatulankari volvió llorando á sus alcázares del agua, despues de haber sido profanada por el rey.

Y el rey la buscó y no la encontró; y preguntó á los sabios, que no le supieron contestar, y los degolló.

Y anduvieron aun siete lunas.

Habia corrido la voz de que el rey anterior habia encontrado, siendo pescador, en sus redes un talisman poderoso al que habia debido su poder: el rey, ambicioso siempre, salió un dia de su alcázar disfrazado de pescador; llegó al rio y arrojó las redes; cuando las retiró encontró en ellas un cofrecillo de sándalo y dentro una niña, un talisman y un pergamino en que estaban escritas tres palabras misteriosas.

Y el rey llamó astrólogos árabes que le dijeran el horóscopo de la niña, y los sabios observaron los astros durante siete noches, y leyeron en ellos lo que estaba escrito, y supieron que aquel rey era el rey de Bertat, y que aquella niña era suya y de Malicatulankari.

Y añadieron los astros.

Y esa niña se llamará Zarulamyai (Zahara-l'amyai, *Flor de las aguas*), y será hermosa, y amará á uno de su raza, y el talisman que rodea su cuello la librará de la muerte y de la pobreza.

Y si esa niña conoce el bien y el mal, será desdichada y producirá el castigo de su padre.

Y si se une al hombre de su amor, dará á luz ocho hijos, que tendrán en su espíritu el gérmen del mal, y presidirán el destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus (1).

Pero si esa mujer llega á cumplir sus quince primaveras sin conocer al hombre de su amor, el rey será poderoso y morirá anciano y respetado.

(1) Península de España.

Ese es mi horóscopo, prosiguió la niña, y me llamo Zarulamyai; un horóscopo terrible, amado mio, añadió posando la intensa mirada de sus ojos negros en Yadilkadir, que la contemplaba con un amor y un interés crecientes.

—Ya ves, me dijo el sabio despues de revelarme mi historia, que la ciencia te seria funesta.

—Y bien, yo quiero ser sabia como tú, le contesté; saber por qué lucen en los cielos esos astros brillantes cuando la noche envuelve al mundo; hablar con ellos, para que me digan dónde está el hombre de mi amor.

El astrólogo árabe, porque tal era mi anciano guarda, palideció.

—Yo no puedo enseñarte eso, me dijo, porque perderia la cabeza. Tu padre te ha separado del mundo y te ha encerrado aquí bajo mi custodia; harto he hecho en enseñarte un lenguaje y en hacerte conocer el verdadero Dios, porque asi he jugado mi cabeza por tu alma.

Yo insistí, me senté sobre sus rodillas y jugué con su barba; habia notado que el sabio hacia algun tiempo me contemplaba de un modo particular, que habia perdido su jovialidad y que me trataba con reserva; le habia sorprendido mirándome al descuido, y á pesar de mi inocencia habia conocido en él una inquietud y un afan por mí, igual al que yo sentia por el ser misterioso que llenaba mi alma.

Mis halagos hicieron un efecto terrible en el viejo astrólogo, que al fin cedió á mis ruegos, pero con una condicion.

—¿Y qué condicion era esa? preguntó con acento sombrío Yadilkadir.

Zarulamyai se sonrió lánguidamente.

—Mi amor, contestó, se arrojó á mis pies, besó la orla de mi túnica, y me confesó que estaba furiosamente enamorado de mí. Yo no sabia lo que significaba amor.

Entonces el sabio me dió su primera leccion.

—El amor, me dijo, es un fuego intenso y dulce que se apodera del alma á la vista de un objeto que la fascina; el amor es el gérmen de la vida y de la luz, padre de cuanto existe, lazo misterioso é inesplicable que une la creacion con el Creador; el amor es la ley eterna é inmutable que preside á la reproduccion universal, la atraccion poderosa que hace rodar en sus órbitas precisas los orbes y los astros en los abismos del espacio y del infinito; el amor es la luz, la vida, el espíritu del espíritu; el amor es Dios.

Zarulamyai al decir estas palabras era mas que una mujer; su hermosura resplandecia, su seno se agitaba dulcemente, su voz trémula, de

emocion y de amor, era incitante, dulce sobre todas las dulzuras, armoniosa sobre todas las armonías; su alma, vírgen y apasionada se exhalaba por sus ojos en una mirada intensa, diáfana, brilladora; era entonces mas que una tentacion, era el espíritu del amor.

Y Yadilkadir cayó á sus plantas en un impulso de adoracion, abrazó sus rodillas, y balbuciente, trémulo, fijando en ella sus negros y hermosos ojos cubiertos por la primera vez con un velo de lágrimas, con el corazon palpitante y la frente abrasada murmuró, anegando su mirada en la clara mirada de Zarulamyai:

—¡Yo te amo!

Y ella, sonriendo de felicidad, radiante de amor, conmovida en un estremecimiento infinito, le levantó de la alfombra, rodeó sus frescos brazos á su cuello y murmuró sobre sus labios abrasados otro «yo te amo» fascinador.

Pero instantáneamente pasó ante el espíritu del árabe una vision funesta; parecióle que entre Zarumayai y él se deslizaba el viejo astrólogo lanzado allí por el espíritu de la impureza, y retrocedió poniendo la mano sobre su corazon como si hubiese recibido en él un golpe de muerte.

Zarulamyai, con el delicado instinto de una mujer que ama, adivinó la causa del horror del árabe, y su alma, herida por aquella sospecha, lanzó á sus ojos una lágrima solitaria.

Yadilkadir se sentó sombrío en el divan y ocultó su rostro entre las manos; ella continuó su relato interrumpido, dominando su dolor.

—El amor es la felicidad, me dijo el sabio astrólogo, cuando es igual el lazo que une á dos seres; pero cuando es aislado, cuando el ser por quien se sufre no comprende nuestros sufrimientos, el amor es la tiniebla, la desesperacion, la muerte, el no ser.

Zarulamyai pronunció sus últimas palabras en un acento frío, apenador, amargo como un reproche.

—¡Pero el astrólogo!... murmuró roncamente Yadilkadir levantando la cabeza y mirando sombríamente á la niña.

—Es verdad, continuó ella; el astrólogo me dijo: si tú me amas, yo te haré tan sabia como Salomon, y te mostraré cuantas maravillas encierran los abismos del cielo y de las aguas, y donde tienen sus linderos la luz y las tinieblas; los astros hablarán para tí, y te será conocido el lenguaje de las aves y de los brutos, de los peces y de los reptiles.

Yo le ofrecí darle mi amor cuando me hubiese hecho conocer todo lo que desease, y el sabio tornó al dia siguiente provisto de pergaminos enrollados, en que estaban escritos estraños caracteres.

Y pasaron dias tras dias; yo adelantaba con ardor en el camino de la ciencia; mundos antes desconocidos para mí, se abrieron ante mi pensamiento inundados de luz; escuché la voz de Dios en mi corazon, le sentí en mis ojos, en el ambiente que respiraba, en el azul de una noche serena y en los rugidos de la oscura tempestad; los astros tuvieron lenguaje para mí; pero era un lenguaje de amor; les pedia á mi amado, y ellos reverberando trémulos me contestaban: ¡espera!

Y cada dia el astrólogo me decia:

—Ya eres sabia, ámame.

Y yo le contestaba:

—Tú me has enseñado el lenguaje de los pájaros y de los animales, de los peces y de los reptiles; dime ahora qué murmuran los árboles y las palmeras, los nopales y los espinos, las yerbas y las flores cuando las mece el viento de la mañana, ó cuando las azota furioso el huracan: qué sienten las nubes cuando flotan mansamente engalanadas con túnicas de púrpura ó zafiro, ó cuando se arrastran rodando bajo la tempestad ateridas entre su manto de niebla.

Y el astrólogo me hizo conocer lo que le habia pedido, como tambien el lenguaje de los arroyos y de los lagos, de los ríos y de los mares.

Y yo pregunté á los árboles y á las yerbas, á las palmeras y á las flores, á los arroyos y á los lagos, á los rios y á los mares. ¿Dónde está el amado de mi alma?

Y ellos me contestaban: ¡Espera!

Y llegó un dia en que el astrólogo me dijo:

—Ya sabes cuanto puede saber una criatura: dáme tu amor.

Y yo dije al astrólogo:

—Enséñame antes de qué color son los ojos de mi amado.

Entonces el sabio se irritó, y quiso deber á la violencia lo que no le concedia el amor; pero mi madre lo habia previsto cuando me arrojó al mundo defendida por esta joya cabalística: el sabio recordó que mi horóscopo me defendia de la muerte, de la violencia y de la pobreza.

Entonces recurrió á los ruegos y á las lágrimas.

Y asi ha trascurrido un año, yo esperando á mi amado y el astrólogo llorando sus amores.

Y al fin mi amado ha aparecido, mi alma se ha inundado en su mirada, y el astrólogo aun llora.

—Se ha cumplido mi horóscopo, porque tú eres el hombre de mi raza.

—Sí, yo soy hijo de Malicatulbajri y de Ysaculhayal, contestó Yadilkadir; yo soy el niño á quien el rey de Bertat condujo con su padre á la hoguera.

La admiracion se pintó en el semblante de Zarulamyai.

—Sí, continuó Yadilkadir; mi madre velaba por nosotros desde los abismos de las aguas; cuando la mano del fratricida puso fuego á la hoguera, ella despertó en su profunda cueva á Rajatulah y á Nurulawál: «volad, les dijo, y salvad á mi esposo y á mi hijo.»

Y Rajatulah, precedido de su hermana, se lanzó sobre Bertat; envolvióla en un manto de niebla, y nos arrancó ilesos entre sus alas cuando esperabamos la muerte.

En un momento nos encontramos en la ribera del mar; era de noche; una luna tranquila plateaba la inmensidad de las aguas; Rajatulah se perdió en los horizontes, rodando sobre su cóncava y sonora estension y nos encontramos solos.

Mi padre arrojó un beso al mar.

Entonces se abrieron las ondas, y el espacio se inundó de una luz clarísima; en el centro de ella, coronada por celajes de oro y púrpura, sobre un carro de nácar tirado por delfines, rodando rápidamente sobre las aguas, apareció una mujer blanquísima, con largos y ondulantes cabellos rubios, envuelta en una flotante túnica de gasa.

Arrojóse en los brazos de mi padre y luego en los mios, nos besó llorando de placer, y al fin escuché su voz dulce y sonora como el murmullo de las brisas en la ribera.

—Ysahculhayal, dijo á mi padre, has cumplido tu destino, has sido justo y bueno, y Dios permite que vengas á morar conmigo en los alcázares del mar; abraza á nuestro hijo, porque no le volverás á ver hasta que trascurran veinte y tres años.

Mi padre me abrazó llorando, me dió escelentes consejos y me rogó que fuese siempre caritativo, valiente y fiel.

Entonces mi madre me besó en la boca, varió mi semblante para que no fuese conocido de mis enemigos, me contó mi historia é hizo salir para mí del fondo del mar un caballo de guerra, una lanza y un arco.

—Tú eres valiente hasta la ferocidad, hijo mio, y tus enemigos te llamarán Yadilkadir (*Mano del fuerte*). Vé, tu destino te espera, y cumplido tu plazo, la felicidad junto á mí.

Besóme otra vez y desapareció con mi padre.

El mar quedó desierto, y solo brilló sobre él la luz de la luna que tocaba las aguas al Occidente.

Entonces me encomendé á Allah, salté sobre el caballo y le dejé tomar el camino que le plugo.

El corcel me llevó á Damasco, á tiempo que el califa Abdelmelic ce-

lebraba con fiestas y justas la proclamacion de su hijo Al-Walid como su sucesor.

Justé y vencí. El califa me hizo un rico presente, y me nombró walí de sus ginetes.

Desde aquel dia mi lanza ha vertido mucha sangre infiel, y mis enemigos, cumpliendo la prediccion de mi madre, me llamaron Yadilkadir.

Pero á pesar de mi grandeza sentia en mi alma una sed de amor semejante á la tuya. Consulté á los astrólogos, y me dijeron que la mujer de mi amor estaba prisionera en el castillo de Bertat.

Entonces dejé á Damasco, me vestí la sencilla túnica del árabe del desierto, y aguijé mi caballo; atravesé montañas y llanuras, rios y lagos, y llegué; mi hermano Rajatulah y mi hermana Nurulawal me trajeron hasta tí, que eres la luz de mi alma y la vida de mi vida.

—Pero has dudado de mí, de mí que preguntaba todos los dias á los cielos por tí, que soñaba con tu amor que te espera al cerrar de cada noche.

—¡Oh! perdóname, gacela mia, murmuró el árabe, porque yo te amo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Antes del alba Yadilkadir llamó á su hermano Rajatulah.

Este asomó su frente á la ventana.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Condúceme con mi corcel á Damasco, contestó el árabe.

Rajatulah penetró en la estancia, le cogió entre sus alas, lanzóse en los aires precedido de Nurulawal, descendió al valle, envolvió el corcel de Yadilkadir, y antes de que el alba alumbrase al mundo, le dejó en la puerta de la ciudad de los califas.

Y asi vinieron noches tras noches, y todas ellas Rajatulah condujo á Yadilkadir al lado de Zarulamyai.

Y cada vez era su amor mas intenso y frenético.

Zarulamyai estaba en cinta; y sin embargo, el astrólogo que la guardaba, fascinado por el genio protector de los dos jóvenes, tuvo ojos ciegos y oidos sordos.

Antes del año, al amanecer de un hermoso dia de primavera, Zarulamyai dió á luz un niño negro y hermoso como ella.

Su corazon de madre se dilató; besó frenética á su hijo, y le escondió temerosa bajo el tapiz de púrpura de su lecho; pero Rajatulah penetró por la ventana y arrebató al niño envuelto en el manto de púrpura.

Zarulamyai gritó, pidió á Rajatulah su hijo, y éste contestó, rugiendo, en un lenguaje solo inteligible para ella:

—¡Asi está escrito!

Y se perdió en la inmensidad.

Y lo mismo contestó á Yadilkadir cuando á la noche siguiente, impulsado por las lágrimas de su esposa, le preguntó por su hijo.

Y asi vinieron, uno tras otro, ocho años desde el dia en que Yadilkadir conoció á Zuralamyai, y por cada un año tuvo en ella un hijo varon, que fueron arrebatados por Rajatulah.

Al finar el octavo año, á la noche siguiente del alumbramiento del octavo hijo, Rajatulah anunció á los esposos que se preparasen para hacer juntos su último viaje.

—Habeis cumplido vuestro destino sobre la tierra, les dijo, y os esperan los alcázares de vuestras madres.

—¿Y mis hijos, hermano mio? le preguntó llorando Zarulamyai.

—Tus hijos, contestó el genio, tienen en sus venas el espíritu del mal de tu padre. Se ha cumplido tu horóscopo, hermana mia. *Si esa niña*, dijo el destino, *conoce el bien y el mal será desdichada, porque sus hijos tendrán en su espíritu el gérmen del mal.* Estaba escrito y se cumplió.

Zarulamyai se arrojó sollozando en los brazos de Yadilkadir, entre los cuales le condujo Rajatulah al alcázar de perlas de Malicatulbajri.

Y el astrólogo entró al dia siguiente en la torre, y al encontrarla abandonada, llamó á grandes gritos y mesándose la barba á Zarulamyai, y el rey supo que habia desaparecido, y mandó cortar al astrólogo la cabeza.

Y la buscó por todos sus dominios y fuera de ellos, y no la encontró.

Desde entonces no se ha vuelto á saber de Zarulamyai ni de Yadilkadir.

Pasaron como pasan las tempestades despues de haber servido á la justicia de Allah.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

## V.

Por el tiempo en que dió á luz su primer hijo Zarulamyai, habia á poca distancia de Bertat, en las márgenes de un lago formado por el Bark-el-Abiad, un magnífico templo consagrado al sol; mengua era su grande-

za á la de las Pirámides de Egipto, gigantescas sus columnas, atrevidos sus arcos como el pensamiento del impío, y mujeres impuras, profanando el velo de las vírgenes, estaban encargadas de sostener perpetuamente el fuego, ante el ara del altar de oro, y la impureza de los falsos sacerdotes.

En la morada del mas anciano de ellos fue donde Rajatulah dejó uno tras otro los ocho hijos de Zarulamyai.

Esos hijos, emir, añadió roncamente el primer siglo, fuimos yo y mis siete hermanos.

Crecimos en la impiedad y en los vicios; fuimos vergüenza de la naturaleza, y al fin sacrificamos como sacerdotes víctimas humanas y castas vírgenes en los profanos altares del sol.

Llegó en tanto el año noventa y uno de la egira; el califa Walid habia sucedido en el trono de Oriente y Occidente á su padre Abdelmelic; en Bertat el rey fratricida, viejo y gastado por los remordimientos y por los vicios, habia cedido su corona á su hijo Zaib.

Y despues de la siega de las mieses, fué á cobrar los tributos del califa, el caudillo árabe A'bd-al-Azis (Abdelaziz, *servidor del fuerte*), hijo del emir Muza Ebn-Nozeyr, valiente guerrero, conquistador del Magreb, desde las regiones del Poniente hasta los desiertos del Mediodia.

Tenia una hermana Abdelaziz, de tan maravillosa hermosura, que era llamada Kaukebulabkar (*estrella de las vírgenes*).

Y aconteció, que ésta por su mala ventura deseó ver el *Gran rio*, y vino con las gentes de su hermano á Bertat.

El rey Zaib fué á pagar sus tributos, y la vió. La llama de un amor impuro brotó en su alma, y aquella noche, á guisa de ladron, auxiliado por mí y por mis siete hermanos, aprovechó el descuido de los árabes, hijo del desprecio con que miraban á los nubios, y la robó.

Kaukebulabkar fue profanada por el rey ante el altar maldito, entregada despues á nuestra impureza y sus restos ensangrentados ofrecidos como holocausto al sol.

El castigo fue terrible; nosotros fuimos degollados sobre los restos aun calientes de Kaukebulabkar, y asesinado el viejo y miserable rey fratricida entre los brazos de sus mancebas.

El decreto del destino se habia cumplido, á pesar de las precauciones del usurpador; su hijo y los de su hija trajeron sobre él la espada de la justicia.

Durante tres dias la sangre corrió por las calles y los templos, y Abdelaziz, cansado de matar, concedió la vida á Zaib y le hizo cautivo.

Apenas esterminados yo y mis siete hermanos, nos encontramos flotando en un espacio frio y nebuloso, sin luz ni sombra. El silencio del no ser, un silencio como no lo han percibido oidos humanos, dominaba en torno nuestro; de repente el ruido de unas alas poderosas nos estremeció, rasgóse la niebla, y suspendido en los abismos de la inmensidad apareció terrible ante nosotros el arcángel de la muerte.

—¡Espíritus! dijo Azrael, con voz semejante al trueno; vuestra vida en la tierra ha sido una continua cadena de crímenes.

Predestinados al mal habeis nacido, y Allah suspende su justicia hasta que se cumpla vuestro destino.

Entonces se lanzó sobre nosotros como el rayo, nos envolvió en el largo estremo de su túnica y nos condujo á la tierra.

Y vimos una vega rodeada de montañas azules, como un huerto de su vallado; y sobre ellas asentada como una reina una altísima sierra, cuyos pies besaban las nubes, y cuya frente, cubierta de nieve, lanzaba reflejos deslumbrantes herida por el sol del estío.

Y al lejos habia siete montes rodeados por dos rios que corrian á sus pies, y que se confundian luego en uno y se perdian entre las opuestas montañas, tendiéndose sobre la vega como una serpiente de plata.

Y sobre el mas alto de aquellos montes habia una alcazaba, y bajo ella una poblacion judía.

Nosotros estábamos suspendidos, ocultos en una nube, sobre una colina cubierta de olivos, nopales y cipreses á la falda de Sierra Nevada.

Y sobre aquella colina habia otra poblacion hebrea, diseminada en blancas casas entre los olivares.

—¡Espíritus! nos dijo Azrael, los hijos del Islam pasarán muy pronto el estrecho de las Angosturas para llevar el conocimiento de Allah á las tierras de Occidente; se estenderán sobre Gecira Alandalus y serán señores de ella durante muchas generaciones.

Y ocuparán esta parte sobre la que nos posamos, y sobre aquellos siete montes alzarán una ciudad que se llamará Granada, y bordarán de aldeas esa vega, y entre ellas edificarán una en la colina situada bajo nosotros, y la llamarán Azubia por su abundancia de aguas.

Y andando el tiempo, los hijos del Islam, castigados por Allah, perderán uno á uno los reinos de Gezira, Alandalus, y su último asilo será Granada, que les arrebatarán al cabo dos reyes nazarenos.

La tierra de la Azubia será la última que se empape en la sangre vertida en esta conquista, y con ella acabará en Occidente la lucha del Koram y la Cruz.

Allah quiere que vosotros presidais, durante cien años cada uno, el

destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus, y si cada uno de vosotros al espirar el plazo deja aun flotando la bandera del Islam sobre Granada, plantareis un laurel en la colina de Azubia por la parte que mira á la ciudad.

Y si pasados ochocientos años habeis plantado ocho laureles perdonados sereis por Allah, y vuestra madre os besará la boca en los alcázares del mar.

Pero si falta un solo laurel, condenados sereis, y vuestra madre os olvidará, y serán con vosotros las tinieblas.

Y el ángel se precipitó con nosotros sobre la tierra, y nos soterró al pie de un ciprés en la colina de la Azubia, por la parte que mira á Granada.

Yo, el mayor de los hermanos, dormí durante siete lunas; al fin de ellas una voz poderosa me despertó.

—¡Levántate, me dijo, ha llegado la hora; el Oriente se arroja sobre el Occidente.

Y me sentí arrancado de mi tumba y lanzado en el espacio; mis vestidos eran una túnica de púrpura, fabricada con el lápiz del lecho en que me habia envuelto mi madre al nacer, y en mi diestra mano lucía una larga y brillante espada de combate.

Una nube sangrienta me conducia; calientes ráfagas agitaban mi barba y mis vestiduras; estraños rumores resonaban en torno mio.

Y me elevaba en los aires, y á mis pies aparecia la tierra recamada de montañas, matizada de praderas, surcada por valles; el mar de Damasco se rizaba luciente entre las riberas del Magreb y de Gezira Alandalus, y asomando su cabeza por el estrecho de Alzacac, se unia en un continuo y resonante beso á su padre el gran Océano.

Grupos de nubes, lanzadas en el espacio como un rebaño de gacelas huyendo, pasaban bajo mis plantas impulsadas por las brisas; y el sol brillaba deslumbrante sobre aquellas nubes, y sobre aquellos mares, y sobre aquel hemisferio matizado de púrpura, azul y esmeralda.

Y este dia alumbrado por el radiante sol del Islam, era el jueves cinco de la luna de regeb del año noventa y dos de la egira (1).

Cien galeones surcaban las aguas del estrecho, y entre ellos Taric-Ebn-Zyad el Invencible conducia á las tierras de Occidente veinte mil caballeros árabes, entre los cuales se contaba muchedumbre de berberiscos y hebraizantes.

Y Taric aferró los galeones á tierra, y salió fuera de ellos con sus ginetes y sus banderas, y quemó las naves; en frente del monte de la

(1) 711 de J. C.

Entrada ó de la Victoria, porque en él se vertió la primera sangre de la conquista, y fue vencido el príncipe Teodomiro á pesar de su generosa resistencia.

Y por ello, desde entonces en honor de Taric, se llamó el monte Geb-al-Taric.

Los árabes se tendieron como el huracan sobre la tierra que habian pisado victoriososos, y una luna adelante en cinco de jawal, la cabeza del rey don Rodrigo fue cortada por Taric como prenda de triunfo, despues de tres dias de un sangriento combate en los campos de Jerez, á las márgenes del Guadalete.

Yo presidí aquella batalla, envuelto en la oscura nube del destino, tan fatal para los godos; yo ví estenderse al pueblo árabe, siempre vencedor, sobre la faz de Gezira Alandalus hasta los valles del Pirene, y ví ondear sobre las torres de Toledo la bandera del Islam.

Laurel de gloria planté sobre la colina de la Azubia, y dejé esplendente y poderoso al pueblo de Ismael sobre las tierras de Occidente, cuando me acerqué á la tumba de mi segundo hermano para decirle:

—¡Levántate, hermano mio, porque yo he plantado ya mi laurel!

Y mi hermano surgió de la fosa, y cabalgó en la nube del destino, y volvió pasados cien años, y plantó otro laurel sobre su tumba y llamó á mi tercer hermano.

Y asi, uno tras otro, siete hemos sido los que tornamos y trajimos laureles, porque aun ondeaba sobre las torres de Granada la bandera del profeta.

Pero ahora, emir, continuó el viejo con voz cavernosa, esa bandera flota á impulso de vientos fatales; el cristiano acampa ante los muros de Granada, los muslimes se agitan en discordias civiles, y siento derrumbarse el trono Al-hhamar.

Solo tú, emir, puedes desviar de Granada el astro fatídico que vibra sobre ella sus rayos de muerte; solo tú que eres generoso, valiente y fiel.

¡Oh, si la primavera cubriese aun doce veces de verdura la vega, y el invierno coronase de nieve otras tantas las cumbres de la sierra, y ondease aun ese pendon sobre Granada! Entonces nuestro octavo hermano plantaria el octavo laurel, Granada seria eternamente el paraiso de los creyentes, y nuestra madre nos besaria en la boca en sus alcázares de las aguas.

Calló el viejo tras este largo y estraño relato, cerró los ojos y reclinó la cabeza sobre su pecho.

Muza Ebn-Abil-Gazan sentia circular por sus venas fuego, y el amor

á su patria llenaba su mente, y comprimia con su diestra los latidos de su corazon, que parecia querer romper sus ligaduras,

—Anciano, dijo al fin con voz robusta, lo que está escrito se cumplirá. Que Dios el altísimo y único que me escucha, fortalezca mi brazo. ¿Qué ha de hacer el emir?

El viejo permaneció con la frente inclinada y los ojos cerrados, pero su voz se elevó lenta y vibrante, en un canto profético.

—¡Ay del valiente! esclamó, ¡ay de la gacela que guarda! ¡El lobo acecha, y el valiente caerá y la gacela será esclava!

¡Ay de los hijos de la gacela! ¡ay de sus hijas!

¡Lágrimas llora el alba sobre Granada, y el sol se tiñe de sangre cuando arroja su mirada vespertina á la mas alta de sus almenas!

¡A la lid! ¡á la lid! ¡que la gacela se salve y que el alba ria sobre sus praderas!

¡A la lid, emir, ¡que tus feroces almogawares pisen las haces de los nazarenos como pisa el labriego en la trilla la mies!

¡A la lid, emir! por la gloria de siete siglos! ¡A la lid, y que la sangre del lobo manche los gentiles pies de la gacela!

El canto del anciano era bravío, semejante en sonidos al clamor del combate ó al gemido del cautivo; se habia levantado de su divan y con él los otros seis ancianos, que lentamente habian adelantado hácia el centro del octógono, hasta tocar con sus espadas el cuerpo de Muza.

Y éste las sintió punzar su carne, sin estremecerse ni palidecer ante la feroz espresion de los semblantes de los siete ancianos, que dejaron caer las agudas puntas sobre el pavimento que gimió en un eco sonoro y prolongado.

Entonces cada uno de los siglos arrancó una hoja de oro de su corona de gloria y las entregaron á Muza.

—Emir, le dijo el mas anciano, esas siete hojas de oro manchadas de sangre, encierran toda la gloria de nuestra dominacion en el Occidente; esas siete hojas de laurel son un talisman poderoso que te servirá para adquirir otro que pende del cuello de una mujer y que te hará invencible con los tuyos.

Véte; el destino te presentará esa mujer, que hará arder tu corazon con un fuego desconocido para tí; esa es tu prueba. Si ella te despoja de esas siete hojas, ¡ay de tí! ¡ay de Granada! Si tú la arrancas el talisman, grande será tu porvenir y dichosa tu eternidad.

Tras esto, los viejos se tornaron á sus divanes, se replegaron sobre sus rodillas y se envolvieron en sus túnicas.

Muza quiso hablar, pero la voz se perdió en su garganta, sus ojos se

nublaron, desaparecieron los objetos y la sombra densa y apenadora envolvió su ser; hizo un esfuerzo y tornó á abrir los ojos: todo habia desaparecido como por ensalmo; encontróse ginete sobre su corcel Samyel, en el mismo sitio donde se habia detenido para contemplar el real de los nazarenos; la luna brillaba diáfana y nacarada, y las brisas pasaban junto á él saturadas con los balsámicos aromas de los cármenes del Dauro; escuchábase al lejos el hálito de vida de Granada, el grito de los atalayas de la Silla del Moro y el nocturno y vigilante ladrido de los perros campestres; Acbakr de pie, inmóvil delante de su señor, asía la rienda izquierda del caballo.

El jóven emir buscó entre su faja y su jaqueta las siete hojas de laurel, y nada halló.

—Mucho he dormido, dijo, y mucho he soñado. La noche media; adelante.

Y aguijó á su caballo, que no se movió, contenido por la mano del inmóvil esclavo.

—¡Adelante, Acbakr! gritó Muza, ¡adelante! ¿Por qué no has desvanecido con tu voz el sueño estraño que ha envuelto mi espíritu?

—Señor, contestó el esclavo, tu siervo temió enojarte, y ha velado tu sueño. Y en tanto, señor, yo he visto tambien una vision espantable.

Muza miró con asombro á Acbakr.

—Poderoso señor, continuó éste, mientras tú dormias han pasado en silencio junto á mí siete viejos negros, con largas barbas blancas, envueltos en túnicas de púrpura y con espadas desnudas en las manos. Invoqué á Allah, y entonces uno de los viejos me dejó para tí esta caja.

Y Acbakr entregó á Muza un pequeño cofrecillo de ágata, dentro del cual encontró siete hojas de laurel esmaltadas en oro, sobre cada una de las cuales estaba adherida y seca una gota de sangre.

—¿Y qué se han hecho esos viejos? preguntó el jóven caudillo al esclavo.

—Desaparecieron, señor, entre lo oscuro del barranco, á punto que despertabas de tu sueño.

—¡Hágase la voluntad de Allah! murmuró Muza, guardando cuidadosamente el cofrecillo entre sus vestiduras. Ahora, añadió dirigiéndose á Acbakr, guia á la morada del santon.

Acbakr asió el caballo por la rienda, lanzóse á la carrera al través de la cumbre, descendió por ásperos senderos hasta el rio, y metiéndose con el caballo sobre la corriente para no ser sentido, como acostumbran los cazadores de ánades, se detuvo delante de un repecho, sobre el cual,

entre un barranco á la izquierda del rio, se rasgaba la entrada de una caverna.

Muza descabalgó, y se dirigió en silencio, oculto entre la maleza, á aquella medrosa entrada.

## VI.

Por aquel tiempo los nazarenos mas audaces acostumbraban á dejar el real de Santafé y meterse la vega adelante hasta las puertas de Granada, donde retaban á singular combate á alguno de los caudillos moros mas nombrados, ó bien saliendo en busca de aventuras, justaban con los caballeros de Granada, que del mismo modo salian á caza de un trofeo de guerra para rendirle el tributo á su nombre de valientes ó al amor de sus damas.

Prohibidos estaban rigurosamente estos combates por los reyes de entrambas partes, pero á pesar de las ordenanzas de los de Castilla y Aragon y de los pregones de Abu-Abdallah, cada dia era la vega palenque abierto de estos hechos caballerescos, que hacian lamentar por una y otra parte la pérdida de algun buen caballero, cuya sangre se vertia de una manera inútil.

Por lo tanto, no era estraño encontrar á cualquier hora del dia ó de la noche, en los alrededores de Granada, algun caballero cristiano armado de todas armas, con la visera calada, la lanza en la cuja y la adarga al pecho, plantado como un roble en medio de un camino, en las orillas de una ribera ó en las quebraduras de un barranco, cuyo paso fuese acostumbrado por los caballeros muslimes.

Por eso Muza nada encontró de nuevo cuando poco despues de haberse ocultado á guisa de escucha, entre la maleza próxima á la entrada de la gruta, oyó el trote de un caballo, luego el crugir de un arnés, y al fin la voz de un cristiano que aguijaba en su habla al bruto. No tardó en reflejar la luna sobre el yelmo del ginete, que salió de entre las revueltas del barranco, y el emir pudo distinguir á un caballero cristiano, cubiertas las armas por un manto blanco, calada la visera y armada la diestra con una fuerte pica de combate.

Conocíase en lo irresoluto del cristiano que le era desconocido el sitio donde se encontraba, puesto que descabalgó, dejó su corcel á su escudero, y se dirigió indeciso á la subida de la senda que conducia á la entrada de la gruta.

Los ojos de Muza se dilataron; su entrecejo se frunció, y su mano apretó convulsiva la empuñadura de su espada.

—Este perro infiel, dijo para sí, es sin duda algazaz de los nazare-